LA NACIÓN Martes 19 de diciembre de 2006 PASTILLAS

Eduardo Labarca

Impecable

Aguantó a pie firme el happening pinochetista de la Escuela Militar.

Se tragó los aullidos de la turba, los desprecios de la familia, las arengas desquiciadas de los Guiloff y los Cortés Villa, de Lucía II, del nieto civil y de Augusto III, el nieto militar. No se le movió un músculo cuando Augusto II y Marquitos corrieron a poner la banda presidencial sobre el catafalco seguidos por una ovación.

En presencia de la ministra, la Escuela Militar se había convertido en santuario del desacato y altar de la apología de un régimen cuyos crímenes la humanidad ha condenado unánimemente. A esa altura era la cueca en pelota y ella cumplía, impertérrita, la tarea que la Presidenta le había encomendado.

Ante los televisores del país y del mundo cundía la incredulidad. "¿Escuela Militar del Ejército de Chile?" Una de dos. O el dueño de casa, el general Izurieta, aprobaba los desafueros de sus invitados, o la situación se le había escapado de las manos. ¿Habría permitido Cheyre algo semejante? Serena la ministra, pero ni sorda ni ciega.

Terminada la orgía soez y consumado el ocultamiento de las cenizas, comenzaron a caer cabezas. El nieto uniformado primero y luego un general que se creyó el cuento de que habíamos vuelto al 11 de septiembre de 1973. Bajo la mirada severa de la ministra, el general Izurieta procuraba recuperar las riendas. La ministra Blanlot, un siete.

© Eduardo Labarca